

MAGA.
La JUVENTUD.

ADOLFO.
¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA.
¡La sirvieras?

ADOLFO.
La adorara.

MAGA.
¿Fueras su amigo?

ADOLFO.
El mejor.

MAGA.
Pues ¿quien hay quien pudiera
Concedértelo.

ADOLFO.
¿Quién?

MAGA.
Yo.

ADOLFO.
¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA.
Su hermana soy:
Que JUVENTUD y ESPERANZA
Nacidas á un tiempo són.

ADOLFO.
Pues lleguemos al palacio,
Porque ya siento, por Dios,
Por sus ilustres favores
Perdido mi corazón.

MAGA.
¿Esperas vencer?

ADOLFO.
Espero
Que he de conquistar su amor.

MAGA.
Bien haces en esperar,
Puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la maga,
Y ambos con paso veloz
Doblaron hácia el palacio
En coloquios de ambición.

Do quiera en su saero recinto se oía

La ronca alegría
Del loco festín;
Los besos y brindis que en torno se exhalan
Al alma regalan
Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas
Dó están suspendidas
Centellas de sol,
Duplican del día la luz trasparente
En ancho torrente,
Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
Remedan los puros
Espejos del mar.
Sutiles dejando á través de sus hilos
Mirar los tranquilos
Reflejos del muro del limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,
En lazos distintos,
En cifras de amor,
Anuncian orlando las blandas alfombras,
Las mágicas sombras
Que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor, dice en esta, en aquella *Fortuna*,
Valor dice en una
Y en otra *Amistad*;
Placer dice aquella, y es otra *Riqueza*,
Mas lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* mas allá.

Do quiera repiten los anchos salones
Ardientes canciones
De gloria y de amor;
Y allí en los clarines, allá en las botellas,
Con cláusulas bellas
Acaso acompañan el báquico són.

Allá en los secretos de oculto retrete,
Del ancho pebete
Al humo fugaz,
De lindas mujeres que están voluptuosas,
Sonando amorosas
Las notas se escuchan de amante cantar.

Los labios hierven en besos,
Quemándose está de sed;
Venid á templar su hoguera
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

¿Y á qué Dios mas poderoso
Acudireis que el Amor?
Apura, pues, sus deleites,
Que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
De su ballesta sutil?
Venid á beber deleites
Hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

Al són de las lanzas y trompas de guerra
Que asordan la tierra,
En estenso salón,
Se sienten los himnos ardientes de gloria,
De noble victoria
Que entona el soldado con áspera voz.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

A amar y á lidiar nacimos
Y sin triunfos ¿cómo amar?
¿Qué llevar sino en ofrenda
A los pies de una beldad?

Si amor corona la frente,
Nuestras batallas también;
Sus coronas son de rosas,
Y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

Mas lejos en otra morada hechicera
Dó el sol reverbera
Con lumbre tenaz,
Dó llenan las perlas los largos espacios,
Los ricos topacios,
El jaspé y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,
Que en cántiga impía,
Discorde clamor,
La mesa en desórden, manchadas las ropas
Al són de las copas
Ramerar levantan, sin alma y sin Dios.

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Vamos la tierra con vino
Embriagados á amasar,
Vamos al templo de Baco
En líbrica bacanal.

No hay mas altar que la mesa,
No hay mas Dios que la embriaguez;
El vino confunde el tiempo,
El morir con el nacer.

Cuando caemos beodos,
Mendigo ó rey ¿qué mas dá?
Todos bebemos sedientos
Arroyos de libertad.

¿Qué dulces son nuestros pechos
Empapados de licor!

¿Qué sabrosos nuestros labios,
Y qué inmenso el corazón!

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Allá en otra estancia dó en torno murmura
Lejana insegura
La voz popular,
Cantor instigado del Dios que le inspira,
De cóncava lira
La suya levanta al acorde compás.

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren
Hallando en el cieno sepulcro comun.

Venid á beber sedientos
Los raudales del saber,
En sus márgenes se cogen
Las coronas de laurel.

El pueblo escuchó al poeta,
Venid, venid, al cantor:
¿Qué es el amor, ni la gloria
Sin la ciencia y la razón?

¿De qué os vale de placeres
Ese miserable afán?
Sino los canta mi lira,
¿Quién os lo ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solos los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.

Adolfo indeciso consigo luchaba,
Sin tino vagaba
Detrás el placer;
Do quiera anhelante y ansioso corria
Cruzando la orgía,
La gloria gustando, el amor, la embriaguez,

Y en voz afanosa "¿Dó estás, dí, murmura,
"Altiya hermosura,
"¿Falaz juventud?
"Do quiera te veo, siguiéndote avanza,
"Mas nunca te alcanzo . . .
"Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!

"Oh! dime, Esperanza, mi fiel compañera,
"¿Dó está esa altanera
"Cobarde mujer!"

La maga le sigue, mas no le responde:
"¿Por qué se me esconde?
"Lo sabes?"—La maga repuso: "No sé."

"¿No sabes? mentira. ¿Me engañas, traidora,
"Me mientes ahora
"Que la amo por fin?"

"Oh! ciego por ella tras ella camino...
"Fantasma divino,
"Te adoro insensato, despues que te ví."

IV.

Cansado de su rápida carrera
Siguiendo la fantástica vision,
De un verde montecillo en la ladera
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
Una suave colina á trasponer,
Partiendo por mitad un triste valle
Do la estéril colina sienta el pié.

A su lado la maga todavía
Blanca, risueña y cariñosa está,
Cual viva estrella que al piloto guía
Y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
Del aura de la tarde á la merced,
Y derramaba su mirada pura
Por la campiña que delante ve.

Al lejos entre pálida neblina
Alcánzase tal vez á distinguir
Torres y muros en informe ruina,
Y escombros que salpican el país.

Hay do quiera ciudades desoladas,
Cuyo hendido esqueleto humea aún,
Marchando con espesas bocanadas
La claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni vergeles,
Ni cantán en amena soledad
Saltando entre jacintos y claveles
Aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
Nacidas al azar aquí y allí,
Y águilas surcan libres y altaneras
El hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
Los himnos de la alegre juventud,
Cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
De una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
Sin ilusorio engañador cristal:
Por todas partes sin temor se asienta
La rebelde y desnuda realidad.

"Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,
Llena de sombras mi memoria está;
Dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
Esos cantares tentadores van."

Y era así que á pedazos por el viento
Llegaban en sonora confusion,

Ya el mentiroso ó el blasfemo acento
Del placer, de la gloria, ó del amor.

—*Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.*

—*Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin la gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?*

—*Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.*

—*Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.*

"Oh cuán felices son en sus placeres,
"Ellos cantando, y sin aliento yo!
"Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
"Y aquí conmigo soledad y error."

V.

ADOLFO.
¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA.
Selva es aquesta que ves
De razon y de recuerdos.

ADOLFO.
¿Tiene nombre?

MAGA.
La vejez.

ADOLFO.
¿Y aquellas alegres damas,
Y aquel palacio, y aquel
Festín espléndido y cánticos
De ventura y de placer?

MAGA.
Allá quedan.

ADOLFO.
¿Y la hermosa
De que un instante gocé
Y tras quien corro insensato?

MAGA.
Allá se queda tambien.

ADOLFO.
¿Con que por fin la he perdido?
¿Con que en verdad la soné?

MAGA.
El perseguirla es perderla,
Que es verdad, é ilusion es.

ADOLFO.
¿Mis amigos?

MAGA.
Allá quedan.

ADOLFO.
¿De mis soldados qué fué?

MAGA.
Allá quedan.

ADOLFO.
¿Y mi gloria,
Mis timbres?

MAGA.
Allá tambien.

ADOLFO.
¿Con que todos me dejaron?
¿Qué resta, en la vida pues?

MAGA.
Tu Esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO.
Tú sola no me abandonas.

MAGA.
A tu lado siempre iré
Alumbrándote el camino
Que tomáste al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO.
Me canso.

MAGA.
Yo la mano te daré.
ADOLFO.
Dame un manto, tengo frio;
Agua dame, tengo sed.

MAGA.
Vamos á buscar la fuente.

ADOLFO.
¿Está muy lejos?

MAGA.
Tal vez.

ADOLFO.
¿No tiene fin el camino?

MAGA.
Sí.

ADOLFO.
Pues vamos.

MAGA.
Tras mí ven.

ADOLFO.
¿Oh cuán distinto, Esperanza,
Este camino es de aquel

Por donde yo tendia
Mi brazo ligero ayer!

MAGA.
Lo que pasó no recuerdes,
Mirando adelante vé.

ADOLFO.
Solo de recuerdos vivo.

MAGA.
Olvida.

ADOLFO.
No puede ser.
Así con cansado paso
Va caminando tal vez
El hombre, con su esperanza,
Eterno sol de su fé.—
Y así, la maga y Adolfo,
Ya el dia al oscurecer,
Caminan hácia el desierto
De la arrugada Vejez.

Tristes y á espacio caminan,
Al crepúsculo del sol,
Por medio de un campo estéril,
Sin ave, fuente, ni flor.
Las cumbres están nevadas,
Y en espantoso turbion
Se oyen bramar los torrentes
Con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas
Que ostentan en derredor
Entre la nieve á pedazos
En lastimosa ilusion.

Allí una choza arruinada,
Allá un templo que se hundió,
Mas allá un puente abrasado
O un hendido murallón.

Rastro del peso del tiempo
Que fué pasando veloz,
Descabezando en sus crestas
Cuantas puntas encontró.

Aspera y postrer jornada,
Dura peregrinacion,
Por donde nada se encuentra
Amigo ó consolador.

Apenas en los escombros
De arruinada poblacion
Algunos pobres ancianos
Dan á la vida un Adios.

Apenas entre los brezos
Se topa un viejo pastor,
Que apacienta unos ganados
Que solo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia
De lo que allí vegetó;
Todos lloran los recuerdos
De su propio corazon.

Todos miran al risueño
Alcázar encantador,

Que al pasar por sus dominios
La juventud les mostró.
¿Qué decían? sus ilusiones.
¿Qué lamentan? su valor.
Nada de cuanto gozaron
Al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
Con la halagüeña vision
De aquel palacio encantado
Que falaz les hospedó;
Pero al pensar en los cantos
Que el deleite seductor
Les murmuró en los oídos
En soñada prediccion,
Doblan al suelo la frente
Con incrédulo dolor
Diciendo al ir su camino:
¡Mentira! todo pasó.

Así por entre la nieve
Cruzando el desierto van
Adolfo y la maga en lento
Paso, por quebrado herial.
Cada vez mas se acercan
A las riberas de un mar,
Que al confin de aquella tierra
Tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
Cuyo fin se pierde allá
En un caos de profunda
Insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,
Ni en espumas de cristal,
En las húmedas arenas
Se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,
Ni en su estensa soledad
Saltan avaros los peces
El ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,
Por el perdido arenal,
Mas que una choza mezquina
De estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada,
Ya mohosa y desigual,
Como párpado sin ojo
Mirando hácia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
"No puedo, Esperanza, mas;
Entremos en esa choza
Un momento á descansar."

Entraron en la cabaña,
Y á la débil claridad
Con que alumbraba todavia
Un crepúsculo fugaz

Hallaron un ancho espejo,
En cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
Una sombra reflejar.

"¿De quién es aquella imagen?"
Preguntó, en duda tenaz

Con su memoria luchando
Recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.
—Pues, ¿cómo mi frente ya
Calva y arrugada miro
Y tan gastada mi faz?
¿No era ayer niño y hermoso
Contigo, Esperanza, al dar,
Cuando á despertar veniste
Mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,
Y el canastillo en que audaz
Conmigo bogastes, era
Tu cuna, Adolfo, no mas.
Las brisas de mis promesas
Llevaron á desear,
Y entraste por el camino
De la loca vanidad.

Así el valle de la vida
Has venido á atravesar
Entre pensiles de flores
Y palacios de cristal.

—Ay! clamó Adolfo llorando,
Que no los puedo olvidar,
Ni á aquella reina orgullosa
A quien ya no veré mas.

—Así se pasa la vida
En gemir y en esperar
Lo que buscamos en ella,
O lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
De la oscura eternidad,
Ese espejo es la razon,
Y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
Nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
Y los deleites allá.

Este es el punto por donde
Se descubre la verdad,
Y aquí solo la Esperanza
Aún con nosotros está.

VI.

PLEGARIA.

¡Blanca ilusión! ¡benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un mas allá en el hondo panteón;

Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al tiempo de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por do quier.

Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra nada ante el estenso mar,
Aún vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,
La vejez nos sostienes que vacila,
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pos;
Y amiga fiel, nos dejas al perderte
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar, conmigo
Mis lentas horas alumbrando ven,
No apagues, no, tu resplandor amigo,
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteón,
Y séanme los pliegues del sudario
De sueño eterno santo pabellón.

SETIMA PARTE.

DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,
Mi octavo tomo publico,
Y al cabo te le dedico
En holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto,
Un cuento te he prometido,
Y un tomo te doy cumplido;
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
Destinos ó proteccion;
Yo no grabo á la nacion,
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
Versos y libros pidiendo,
Iré libros escribiendo,
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,
Mendigar del ignorante,
Y rogar al arrogante,
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
Que alabe mi obra no quiero,
Que tan bien como el primero
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,
Los criticones de ogaño
No nos harán mucho daño,
Saben poco, ¡vive Dios!

No se echan muchas vigiliass
Hoy en críticos estudios,
Tras poquísimos preludeos
Hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á Paris
Y almorzar con Víctor Hugo,

Vuelves y pones el yugo
Literario á tu país.
"¡Las letras están fatales!"
Vienen diciendo de allá.

"Las artes . . . ¡ástima da!
¿No están en el Congo tales!
¿Pues los teatros? ¡da grima!
Ni de talento hay destellos . . .!"

Y escriben comedias ellos
Como maestros de esgrima.
Tajo aquí, cercen allá,
Ora á la regla, ora al gusto,

Cada escena nos da un susto,
Si calambre no nos da.

Y viendo al fin que no atinan
Por medio ninguno humano,
Cortar el nudo gordiano
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
Sus disparates bautizan . . .
Y tanto la luz atizan,
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la escuela moderna
Genio innovador se llama,
Barba, galan, paje y dama,
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la antigua,
En cánticos pobrecitos
De la otra cambia los gritos,
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo:
¡Tanto valen á fè mia!
Con que firme en mi manía
De andar con entrambos sigo.

En lo que no hago por Dios
Mas que con maña oportuna,
Tentar á la par fortuna
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un rio
Vierto, en situacion acerba,